

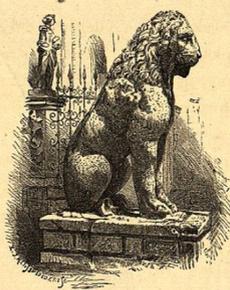
tro de un estuche de cuero bastante holgado, para que abrigue la culata y cubra los gatillos, y colgada por medio de correas en el arzón de la silla del caballo, delante de la pierna derecha del jinete, de suerte que el cazador pueda usarla con desembarazo.

Los que han viajado por el África central, poblada de tribus salvajes, aconsejan que el cazador debe ir provisto de brillantes baratijas, para seducir á los indígenas y trocarlos, de enemigos, en preciosos auxiliares.

Los cazadores han de llevar tiendas ligerísimas de campaña, artificiosamente dispuestas para lenizar, en lo posible, las pesadumbres y cuidados de las peligrosas travesías en el suelo africano.

El traje que debe usar el cazador en África ha de ser de un color neutro é indefinido: de tela fuerte pero delgada (*moleksine*). También aconsejamos al discípulo de San Huberto que use sólo impermeables de *calicot*, pues es insigne locura usar telas en que entre el *caoutchouc*.

El cazador debe cubrir su cabeza con el casco de tela poroso, y la nuca con el pañuelo que agita el movimiento del camino. No huelgan tampoco las sombrillas de tela doble y ballenas resistentes, que han de abrigar al cazador, durante el día, de los ardorosos rayos del Sol.



A narración de la caza del león no sería completa si no dedicáramos algunos párrafos al del África austral, al león con *hocico de perro*, que difiere notablemente del de Argel.

Livingstone, con pintorescas frases, hace el retrato del león del África austral: «Si, despojado de preocupaciones, os halláis frente á frente de aquel león, veréis sencillamente á un animal un poco más vigoroso que el mayor dogo, y cuya fisonomía tiene gran semejanza con algunos ejemplares de la raza canina. La cara del león no se parece, por cierto, á la que suele reproducir el grabado; su nariz se prolonga á guisa del hocico de un perro; y los artistas que dibujan, pintan ó esculpen el león deberían inspirarse mejor, estudiando la naturaleza en los jardines zoológicos.»

Pero, diga lo que quiera Livingstone, el león del África austral, no es tan pacífico y despreciable como supone.

Uno de los datos venatorios más interesantes acerca

Tomo II.—Caza mayor y menor

## CAPITULO VI

### LA CAZA DEL LEÓN EN EL ÁFRICA AUSTRAL

#### I

del león del África austral es su abundancia en algunas comarcas.

Dice Le Vaillant que por todos lados oía los estruendosos rugidos de los animales feroces, sobre todo de los leones. «Muchos felinos rodaron, durante la noche, por el campo, llenando de pavor á mis gentes y animales. Ni el fulgor de nuestras hogueras, ni el estrépito de los disparos, lograron poner á los leones en fuga, y contestaron con desusado furor á los rugidos de los otros animales feroces que vagaban por los contornos, como llamándolos para que tomaran parte en el ataque y en la carnicería.»

Moffat refiere que, en una expedición por las comarcas habitadas por los *barolongs*, una noche hizo alto á orillas de un estanque. Alumbraron fuegos, y acomodaron el ganado, subiendo los viajeros á un carromato de viaje, anhelosos de entregarse al descanso. Breves minutos después, sonaron ruidos extraños, que indicaban el terror de los buyes ante un grave peligro. Era que un león había cogido á una ternera que andaba suelta, arrastrándola unos sesenta metros, y se oían el crujir de los huesos del pobre animal y sus gritos lastimeros. Llegó la audacia del león al punto de acercarse á los vagones; y los tizones encendidos que le echaron los indígenas no hicieron más que redoblar su furor; y se lanzaba sobre ellos cuando una

bala que tocó el suelo, á los piés del felino, le hizo retroceder rugiendo.

Faltaba el combustible, y se aprovechó el alejamiento momentáneo del león para ir á hacer provisión de leña.

«Había dado sólo algunos pasos,—dice Mr. Moffat,—cuando vi, entre mí y el horizonte, cuatro animales, que se incorporaron y movieron al oír el ruido que yo hacía al tronchar las ramas secas. Eran leones. Retrocedí, arrastrándome, para dar la voz de alarma. Hallé á nuestro guía lleno de singular pavor.

En virtud de una visión óptica, aquellos leones parecían tener el doble de su talla natural. Llegamos penosamente hasta nuestro ambulante albergue, y nos dimos prisa en encender un buen fuego.

El primer león devoraba ávidamente su víctima, y los demás leones rodaban á su alrededor, lanzando terribles rugidos.

Todo hacía temer que nuestro mísero fuego sería débil barrera contra los ataques de los leones. Los dos *barolongs* lanzaban hondos suspiros de envidia al ver el succulento festín con que se regalaba el felino, y de rabia al pensar en la pérdida de la ternera.

Cuando amaneció, examinamos el sitio, y reconocimos las huellas del león, adulto y de gran talla, y que había devorado por completo la ternera. Las trazas de los otros leones no pasaban de treinta toesas de aquel sitio. Sólo dos chacales se habían acercado para recoger las migajas del banquete. Mucho había oído ponderar lo mucho que come un león hambriento; pero entonces me persuadí de que era verdad, pues había devorado la ternera con casi todos los huesos, pues sólo quedaban algunos rotos.»

Livingstone cuenta que, cuando se dirigía á Kolo-beng, había alrededor de las cabañas de Choanamé tanta abundancia de felinos, que los indígenas, durante la noche, apenas osaban salir de sus moradas.

Livingstone explica el número de leones por los abundantes medios de nutrirse y de vegetar que encuentran en aquellas regiones, y traza el siguiente hermoso cuadro venatorio, que al trocarse en realidad haría, sin duda, las delicias de los verdaderos devotos de San Eustaquio y San Huberto.

«El valle de Kandeby ó de Kandehaí, que se halla al norte de la montaña, es uno de los sitios más hermosos y pintorescos de aquella parte del África. Árboles frutales de diverso follaje brotan á ambos lados; un río límpido y trasparente serpentea caprichosamente en medio de la esmaltada pradera. Antílopes rojos se paraban á orillas de este río, junto á un enorme *baobab*, y al mirarnos parecía como que iban á empren-

der la fuga; varios *gnous* y zebras nos contemplaban con aire suspenso, mientras que otros seguían paciendo con abandono; un enorme rinoceronte blanco atravesaba el valle para zambullirse en el agua; multitud de búfalos de sombrero semblante pacían bajo los árboles, al opuesto lado de los antílopes.

El Kafné serpentea en medio de una llanura cubierta de bosques, y huye en dirección al Zambesé, que se divisa á lo lejos flanqueando las sombrías montañas que cierran el horizonte. Cuando contemplaba aquel cuadro, las faldas de aquellas cimas estaban veladas por nubes blanquecinas, semejando copos de algodón, que corrían á lo largo del río. En la orilla izquierda del Kafné, centenares de cebras, búfalos, y elefantes pacían sosegadamente.

Descendimos la montaña, y era curioso ver á los elefantes agitar sus largas orejas, como si no estuviéramos á unos doscientos metros, y notar el considerable número de grandes jabalíes (*potamocheirus*) que pululaban por aquellos sitios.

Los hotentotes creen que el león del África austral no mata al hombre que yace en el suelo, á menos que éste no le irrite con su resistencia.

Un padre y dos hijos perseguían á un león. El felino aceptó el reto; y, precipitándose sobre uno de ellos, le derribó á sus piés. El padre hizo fuego, y el león cayó muerto; el mancebo no había recibido siquiera el menor rasguño.»

Livingstone refiere que había herido al león y cargaba el fusil cuando el animal se echó sobre él. «Me hallaba sobre un pequeño montículo: me cogió por la espalda y rodamos ambos hasta el final de la pendiente. Rugía furiosamente, sacudiéndome á su sabor, como lo haría el gato con un ratoncillo, sumiéndome en una especie de sopor, en que no experimentaba ni dolor ni espanto, bien que tenía clara conciencia de mi situación, por el estilo de los pacientes que se hallan bajo la influencia del cloroformo, que ven los detalles de la operación y no sienten el contacto siquiera de los instrumentos del cirujano. Esto no es resultado de ningún efecto moral, sino de la sacudida, que ahoga todo sentimiento de horror ante el peligro. Beneficio es este que sin duda el Divino Hacedor otorga á todos los animales que sirven de presa á los carnívoros para ahorrarles las angustias de la muerte. El león tenía una de sus patas sobre uno de mis hombros. Hice un vigoroso esfuerzo para desasirme, y en aquel instante uno de los indígenas que me acompañaban, apellidado Melabué, apuntó, pero falló el tiro. El león me soltó, lanzándose sobre el indígena.»

El león del África austral, según añade Moffat, distingue á maravilla el hombre de raza blanca del de raza negra; y para probarlo refiere que una vez se hallaba albergado en casa de uno de los principales de un villorrio. La noche era hermosa; y el aura perfumada y tibia de una noche de verano invitó á Moffat á acostarse á la puerta de la cabaña; pero tras breve rato oyó un sospechoso rumor junto á la cerca que encerraba el ganado. Al interrogar Moffat al huésped, éste le contestó tranquilamente que era un león.

—¿Cómo no me habéis advertido?—dijo Moffat.

—¡Oh!—replicó el árabe;—estaba seguro que el león no tendría la audacia de saltar sobre vos.

Á despecho de estas seguridades dadas por el indígena, recomienda á sus lectores que no se fíen, y que no duerman desprevénidos.

Se citan varios ejemplos de la prudencia del león.

Uno de los caballos de Mr. Codrington, inglés que viajaba por África, se desbocó y emprendió la fuga, y sólo se detuvo ante un árbol tronchado y roto por el rayo, cuyas ramas enredaron la brida del alborotado corcel. Allí le halló su dueño cuarenta y ocho horas después; pero lo singular fué que se veían impresas en el suelo numerosas huellas de leones, y el caballo no había recibido el menor rasguño. Era, sin duda, que los leones habían olfateado alguna emboscada.

Livingstone cuenta que dos leones se acercaron hasta unos tres pasos del sitio donde se hallaban un carnero atado á un árbol y varios bueyes uncidos á un carro. Lanzaron terribles rugidos, pero no osaron atacar, temiendo, sin duda, ser víctimas de alguna sorpresa.

El propio célebre viajero y explorador refiere también lo siguiente:

«La escena pasa en Moshué. Uno de los nuestros dormía profundamente, detrás de un matorral, entre dos indígenas. Rendidos éstos de fatiga, habían olvidado alimentar el fuego. Un león se acercó á la casi apagada hoguera, y se puso á rugir estruendosamente, pero sin lanzarse sobre los hombres que se hallaban á sus piés. Un buey, atado á un arbusto, y al que tomó, sin duda, por un cebo, evitó el que se echase sobre aquellos hombres inermes. El felino se retiró á un montículo situado á unos 300 metros, y desde allí continuó rugiendo y gruñendo, hasta que amaneció.»

Semejantes excesos de prudencia no se compaginan, por cierto, con otros trances.

Un hombre de Bethania, volvía de noche á su choza, y dió un largo rodeo para pasar cerca de un arroyuelo, con la esperanza de cazar un antílope y regalarse él

y su familia. Cuando llegó junto al agua, el cielo se teñía con los rosados colores del alba; examinó el terreno, y, no viendo pieza alguna de caza, arrumbó el fusil á una roca, bebió en el arroyuelo y se durmió tranquilamente.

Los ardorosos rayos del Sol despertaron á nuestro árabe, que notó á tres pasos un león enorme que le miraba con fijeza.

Inmóvil durante algunos momentos, y preso de terror, poco á poco serenóse su espíritu, y dirigió sus miradas al sitio donde había depositado el fusil, y adelantó lentamente la mano para cogerlo. El león vió este movimiento, levantó la cabeza y lanzó un tremendo rugido, que se repitió cada vez que el hotentote hacía una tentativa para coger el arma.

La situación de aquel hombre era horrible; el Sol había calentado la roca sobre que se había recostado, de tal suerte, que tenía que cambiar incesantemente de postura. Llegó la noche, y el león permaneció sin moverse de su sitio, espionando todos los movimientos del africano. Amaneció de nuevo, y el calor que irradiaban las rocas tostaba los piés del indígena.

Sería el mediodía cuando el león se levantó, dirigiéndose hacia el arroyuelo, mirando hacia atrás y vigilando los movimientos de su prisionero. Al notar el felino que dirigía su mano al fusil, volvióse lleno de furor, y pareció como que iba á lanzarse sobre él. Apagada la sed, fué de nuevo á ocupar su sitio junto á la roca.

Trascurrió otra noche.

Cuando aquel hombre narró después, con vivos colores, esta escena, dijo que ignoraba si había dormido ó velado, pero que en todo caso había dormido abiertos los ojos, pues ni un sólo instante había dejado de ver el león á sus piés. Al día siguiente, al mediodía, el felino bebió en el arroyo; y, habiendo oído sospechosos rumores que le espantaron, desapareció en dirección al bosque.

El hotentote quiso entonces ponerse de pie y coger el fusil, pero no pudo sostenerse y cayó. Empuñó el fusil, y arrastrándose llegó junto á la fuente para lavar sus piés, horriblemente llagados. Estuvo atento y en guardia durante algún tiempo, apoyado el dedo en el gatillo del fusil, temiendo que apareciese el león; pero, no habiendo reaparecido, se puso el arma á la bandolera, y se arrastró como pudo con auxilio de sus manos y rodillas hasta el sendero vecino. Allí se agotaron sus fuerzas y no pudo continuar el camino. Por fortuna, la Providencia le deparó un viajero, que le puso sobre su caballo y trasportó al pobre hotentote á un